

## La verdad del petróleo en México de Miguel Alemán

► Editorial Grijalbo  
México, 1977 748 pp.

por Luis Medina

Con el libro del expresidente Miguel Alemán —*La verdad del petróleo en México*— sucede lo que con las tesis “de cajón” que se elaboran en las facultades de Derecho: para tratar un asunto tienen que remontarse al lejísimo pasado. Esta obra, sólido ladrillo de 748 páginas (índice incluido), consta en realidad de dos libros. El primero, que cubre poco más de la mitad, es una revisión de las vicisitudes del petróleo mexicano del Porfiriato a la expropiación petrolera. En esta parte, excedida y con mucho, no hay absolutamente nada que no se supiera con anterioridad; biografías, libros polémicos de otros protagonistas en la gesta petrolera, así como investigaciones eruditas, han ya recorrido este camino con mucha mayor eficacia. En realidad, este primer tramo le sirve al autor de introducción para ganar vuelo, situando en un contexto histórico-político el problema de la explotación del petróleo mexicano por compañías extranjeras. Sí, don Miguel gana vuelo y logra su propósito implícito, a saber: dejar la impresión en el lector, de que la cosa no fue fácil; que durante la expropiación y luego de ella, los poderes que se enfrentaban —consorcios petroleros y Departamento de Estado de una parte, y de otra, el gobierno mexicano— estaban lejos, lejísimos, de ser equivalentes. México estaba en desventaja, y su gobierno tenía que andarse con tiento, pero sin desconocer las realidades impuestas por el cerco económico y la necesidad de desarrollar y consolidar a PEMEX.

Pero don Miguel gana tanto vuelo en su primera parte, que la segunda, —de la expropiación al fin de su mandato como presidente de la República— se queda corta, y no sólo por el número de páginas. Y este es, en realidad, el verdadero libro de don Miguel (o debería de serlo), pues cubre el espacio temporal en que tuvo algo que hacer sobre la política petrolera de este país, como secretario de Gobernación primero y presidente después.

Don Miguel se dispuso empeñosamente a escribir este libro con un propósito polémico, con la intención de refutar y aclarar su posición, a raíz —y así lo confiesa— de que “algún periódico de nuestra capital le otorgó importancia maliciosa y desmesurada” a unos documentos oficiales norteamericanos sobre negociaciones petroleras con México en la época que fue presidente, y que se publicaron en la colección oficial del Departamento de Estado *Foreign Relations of the United States*. Pero el esfuerzo resultó, además de desproporcionado, un tanto inútil.

En efecto, como presidente de la República, don Miguel tuvo que enfrentar dos cuestiones fundamentales en lo que a petróleo se refería: en lo externo, el cerco económico que, a pesar del arreglo con las compañías expropiadas, siguieron éstas ejerciendo en contra de PEMEX con el beneplácito del Departamento del Estado; de otra, en lo interno, una situación de quiebra virtual en la industria además de un sindicalismo militante, fortalecido por el triunfo que les había significado la expropiación (recuérdese que la expropiación fue la culminación a una serie de problemas laborales).

Mientras negociaba afuera la concesión de un crédito, Alemán se dedicó en lo interno a poner orden en las grandes empresas estatales. PEMEX y los Ferrocarriles Nacionales fueron objeto de una nueva política obrera, que se orientaba sobre todo a contener reivindicaciones, aumentar la productividad y acabar con la militancia política. Sólo así, se decía, podía ponerse en pie a la industria petrolera, para la cual se reservaba un lugar muy especial dentro de los planes de crecimiento económico y alicientes al sector privado. Sobre todo esto uno

espera una explicación jugosa y detallada del que fuera presidente y árbitro supremo en los días en que se iniciara el famoso “charrismo”. Lejos de ello, el descontento obrero en PEMEX durante la guerra mundial y en los primeros años del alemanismo no merece mayor atención que el de algunas líneas. Para Alemán, la militancia sindical de los petroleros que querían manejar ellos mismos la industria, es una simple “algarada” promovida por agitadores. Y aun si lo anterior fuera cierto, don Miguel tenía la obligación de explicarnos por qué no pasaron de algaradas los intentos de independencia sindical de los petroleros, y cómo fue que la única alternativa a los agitadores fueron los “charros”.

En el ámbito internacional, nuestro autor se mueve con mucha mayor comodidad. (En esto don Miguel no es diferente a los políticos de su generación y la siguiente: cuando se encuentran en retiro y tienen que escribir, lo hacen preferentemente sobre cuestiones internacionales. Es más seguro.) Es en este terreno a donde dirige el mayor peso de sus argumentos a fin de justificar su actuación, pues en aquellos documentos que provocaron la confección de su libro, parecía desprenderse que el presidente Alemán estaba a punto de entregar la industria petrolera mexicana a las compañías expulsadas con tanto trabajo. Hay que decir en su beneficio que, efectivamente, el PEMEX de la posguerra inmediata pasaba por una situación difícil: carecía de personal calificado, de equipo y recursos para llevar adelante exploraciones que aumentarían la producción. Y es este, sobre todos los demás, el argumento principal de su defensa.

Pero ¿por qué había de aumentar la producción? ¿No hubiera sido más sabio dejar el petróleo en el subsuelo y esperar mejores tiempos? La necesidad de divisas fue sólo una de las razones, quizá la de menor peso. El problema radicaba —y ahí cifraba el Departamento de Estado sus esperanzas para lograr el regreso de los consorcios petroleros— en que Alemán había adoptado un proyecto nacional que colocaba a la industrialización como la solución a todos nuestros males, y en el cual el petróleo abundante y barato jugaba un papel cen-

tral. Para llevar adelante su proyecto, el presidente Alemán tenía que lograr a la vez dos objetivos: romper el cerco y obtener recursos para PEMEX. Ello supuso complicadísimas negociaciones diplomáticas, en las cuales los Estados Unidos presionan para lograr el regreso de los consorcios y obtener reservas exclusivas de petróleo para la Marina norteamericana. La manzana de la discordia es un posible préstamo del Eximbank a PEMEX, al cual se oponía el Departamento de Estado pero que apoyaba, aunque con creciente desgano, la Casa Blanca. Don Miguel se concentra en estas interacciones —y se entiende, pues de su debida comprensión depende su reputación de presidente nacionalista— y nos las explica haciendo referencia constante a la situación mundial (Guerra Mundial y Guerra Fría) y a las maquinaciones de los embajadores Messersmith y Thurston con sus superiores inmediatos en *Foggy Bottom*.

Basándose en documentos oficiales norteamericanos, (los mexicanos brillan por su ausencia) ilustra la forma en que el Departamento de Estado sabotea constantemente las posibilidades de obtención del préstamo. También describe algunas de las medidas ofensivas del gobierno mexicano, entre las que sobresale la invitación a visitar las instalaciones de PEMEX a los miembros del Comité Wolverton de la Cámara de Representantes, encargado de analizar la política petro-

lera de su país.

Pero don Miguel es un maestro del misterio y del anticlímax. De un lado deja en tinieblas los detalles de las pláticas con los miembros del Comité Wolverton; a final de cuentas pareciera que estos apoyaron la concesión del empréstito por amor a México y por la competencia político-burocrática que habían establecido con la burocracia del Departamento de Estado. De otro, cuando Truman decide otorgar el empréstito, lo cual suponía pasar por encima del Departamento de Estado y de las compañías petroleras, don Miguel se lo despacha de un plumazo y deja al lector en la más completa ignorancia sobre los acontecimientos inmediatos que llevaron a la decisión. Después de mucho darle vueltas, la única explicación, quizá, es el deseo del autor de dejar indeleble en la mente del lector un sentido de urgencia, de necesidad, de hostigamiento externo, para justificar la atmósfera dentro de la cual el gobierno mexicano se lanza a concertar los famosos contratos-riesgo de exploración. Nos lo dice en el primer párrafo del capítulo correspondiente: "hay que evaluar esos contratos en su momento".

Pues bien, los contrato-riesgo son, políticamente hablando, el talón de aquiles de la política petrolera del presidente Alemán. Y lo son, más que por sus consecuencias económicas, por sus implicaciones simbólicas: fueron el medio por el cual algunas

compañías petroleras norteamericanas regresaron a México. Nada más, pero nada menos. Cierto: los contratos reservaban todas las ventajas a PEMEX, no suponían concesiones, la empresa nacional realizaba la explotación del yacimiento descubierto, las retribuciones eran claras (50% del valor del crudo producido, para amortizar inversión, y una utilidad del 15 al 18.25% por 25 años). Se trataba de verdaderos contratos de obra, como tantos otros de construcción, transporte, etc. que concerta PEMEX, y que estaban autorizados por la Ley reglamentaria de 1941. Todo el libro, pues, con sus abultados antecedentes, amplia documentación y líricas tiradas sobre las dictaduras fascistas y estaliniana, está dirigido a justificar estos contratos. El autor quiere dejar bien claro que no se arriesgó la soberanía, ni se hipotecó el subsuelo, ni los contratos suponían —dadas las circunstancias— acuerdos en desventaja del país.

El libro cumple el propósito, no cabe duda. Pero el esfuerzo resultó desmesurado; para ello hubieran bastado no más de 200 páginas. Y el libro, dada su intención, no pasa de ser coyuntural, efímero, por no decir intrascendente. Ni aporta datos valiosos al investigador (entre otros defectos, no cita fuentes), ni da una opinión equilibrada y completa sobre un momento histórico que ayudó a forjar. Como escritor, don Miguel se nos quedó en el limbo.

